

M. CORTÉS ARRESE (coord.), *Elogio de Constantinopla*. Cuenca, Ediciones Universidad de Castilla La Mancha 2004, 176 pp.

Fruto del Seminario que los días 28, 29 y 30 de octubre de 2003, con motivo del 550 aniversario de la toma de Constantinopla el 29 de mayo de 1453, organizó la Universidad de Castilla La Mancha, tuvo lugar la aparición un año después de este volumen que recoge las intervenciones de los participantes. Se ofrece así una aproximación diacrónica a la ciudad desde distintas perspectivas, que viene a suplir una laguna en la bibliografía en español sobre el particular³.

El primer artículo de Miguel Ángel Elvira Barba analiza “Las fundaciones de Constantinopla”, pp. 13-28, desde su origen como colonia comercial griega a la posterior revitalización por Constantino de la ciudad, venida a menos tras la destructora conquista de Septimio Severo. El fin del reinado de Teodosio II (450) marca el final de la exposición, por entender el autor que a partir de su muerte comienza ya a configurarse el perfil urbano característico de la Constantinopla de Justiniano. Se agradece la amenidad del relato, las noticias de variopinto origen que enlazan los monumentos históricos con sus restos (o sus huellas) dejados en la actual Estambul y el espíritu divulgativo que alienta la exposición. Se echan en falta, en cambio, las notas a pie de página que aclaren el texto y remitan al lector interesado a las fuentes del autor, que aparecen citadas de pasada según avanza la narración, con lo que traban la lectura por momentos. Faltan referencias bibliográficas y el autor repite ideas de su artículo “De Colonia a Capital”, *Historia 16*, 141, I-1988, 64-72⁴, a propósito de la Constantinopla de Constantino.

La segunda contribución “Constantinopla como residencia forzada”, pp. 29-49, supone el contrapunto a la tónica general del libro, al perseguir su autora, Margarita Vallejo Girvés, retratar las personalidades obligadas a residir en Constantinopla contra su voluntad, y que presupone serían contrarias a la ciudad –algo quizás discutible–, aunque reconocieran la magnificencia urbanística de la Nueva Roma⁵. Distingue la autora tres tipos: los refugiados políticos, los rehenes garantes de pactos y los contrarios al régimen confinados en monasterios de la capital. Sin embargo, como sede del poder central es lógico

³ Obras fundamentales de referencia teníamos en inglés: C. Mango-G. Dagron (eds.), *Constantinople and its Hinterland*, Oxford 1993, y en francés: P. Magdalino, *Constantinople médiévale. Études sur l'évolution des structures urbaines*, Paris 1996.

⁴ Basado en el estudio de G. Dagron: *Naissance d'une capitale*, Paris 1974.

⁵ Como ella misma dice: “parece obvio que, al menos *a priori*, aquellos que se vieran obligados a residir en Constantinopla no verían o considerarían a la ciudad bajo un prisma elogioso” (p. 30).

que sus partidarios en el extranjero emigraran a ella cuando en su lugar de origen las cosas se complicaran, y consideraran Constantinopla más como un oasis salvífico que como un confinamiento obligado. Del mismo modo, los ejemplos a los que recurre para el segundo tipo, el de los rehenes entregados como aval de un pacto supraestatal, bien puede considerarse que los jóvenes príncipes (enumera a Teodorico, Mauias, Atanagildo y Kubrat) no tardarían en reconocer las ventajas de vivir y formarse en la capital del Imperio en vez de en sus bárbaros centros de poder local, forjando amistades personales duraderas sobre las que asentar sus futuros mandatos y adquiriendo una educación imposible en el seno de sus palacios principescos.

Inmaculada Pérez Martín, para tratar la “Geografía erudita de Constantinopla”, pp. 51-83, comienza fijándose en los relatos de los viajeros occidentales, y las impresiones que nos transmiten sobre la ciudad, en particular Ruy González de Clavijo, para reconstruir finalmente el ambiente intelectual de la época por medio del análisis paleográfico de los manuscritos —doce son las láminas que ilustran su contribución. Tras la derrota de la iconoclastia aumentó progresivamente la injerencia de los monasterios en la vida política de la capital y en los asuntos de la Iglesia y de la corte. Proliferaron los complejos monásticos autosuficientes, amurallados —incluso en la propia Constantinopla— y donde se acumulaba gran riqueza por facilitar refugio, en especial tras la recuperación de la ciudad en 1261, a la vida intelectual de las elites dirigentes. Pérez Martín analiza con acierto la aportación a la transmisión textual de los tres vértices del triángulo formado por la costa y la muralla teodosiana, caracterizados en época paleológica por la concentración de fundaciones monásticas y una mayor pujanza económica y demográfica. El vértice sudoccidental, sede del monasterio de Estudio, el noroccidental, pujante por la proximidad al Palacio de Blaquernas de los monasterios de Cora y Petra, y el oriental, formado por Santa Sofía, sede del Patriarcado y los monasterios de Manganas y Hodegos.

En su estimulante reflexión sobre la “Percepción histórica y estética de Santa Sofía”, pp. 85-109, Pedro Bádenas de la Peña recurre a las noticias que nos transmiten Procopio⁶, la Diégesis⁷, una écfrasis del templo y del ambón de Pablo Silenciaro⁸ —contemporáneo de Procopio—, y otra écfrasis⁹ (aunque

⁶ Procopio, *De Aedificiis*, I, 1-20/65.

⁷ Relato popular surgido a finales del s. IX, comienzos del s. X, para reinventar el pasado glorioso de Constantinopla, en crisis desde el s. VII.

⁸ Recogido en P. Friedländer, *Johannes von Gaza und Paulus Silentarius, Kunstbeschreibungen justinianischer Zeit*, Leipzig-Berlin 1912.

⁹ *Vd.* C. Mango-J. Parker, “A twelfth-century description of St. Sophia”, *DOP* 14, 1960, 233-245.

fragmentaria) de Miguel de Tesalónica, rector de la Academia patriarcal en época de Manuel I Comeno (1143-1180). El primero nos aporta las informaciones arquitectónicas más fidedignas, corroboradas por la arqueología, mientras que los otros tres nos transmiten la visión que de la Gran Iglesia tuvo cada época, la percepción espiritual, estética y simbólica del edificio y también de Justiniano, su creador, marcada por la mentalidad oficial ortodoxa. Someramente se repasa la fascinación de los otomanos por ella –que hizo que conservaran el nombre cristiano griego *Aya Sofya Çami* e incorporaran sus innovaciones arquitectónicas y el espacio unitario y geométrico– y cómo una vez privada ya de su ornato original y de las convicciones histórico-estéticas que la hicieron posible, los occidentales la perciben como una rareza arquitectónica, atendiendo a su impresionante monumentalidad desligada de la función originaria que tuvo. Los testimonios de los siglos XVIII y XIX traslucen el profundo menosprecio europeo por Bizancio, acrecentado por la capacidad de los otomanos para asimilar la Gran Iglesia para mayor desconcierto suyo. El año 1934 verá su secularización y transformación en museo, con la recuperación de los mosaicos supervivientes y una nueva recepción estética, antecedente directo de la que rige en nuestros días.

El anfitrión del evento, Miguel Cortés Arrese, reúne una variada colección de “Testimonios de la Constantinopla de antaño”, pp. 111-150, haciéndonos partícipes de la visión estereotipada de la capital que funcionaba en Occidente tras la conquista otomana y el establecimiento en ella del proverbial lujo oriental (en clara continuidad con su libro *El descubrimiento del Arte Bizantino en España*, Nueva Roma 2002). A través de las noticias de viajeros o alusiones de literatos (Cervantes, Lope de Vega, Pedro de Urdemalas, Diego Galán, Octavio Sapiencia, Alonso de Contreras, Pero Tafur, Ruy González de Clavijo, Busbecquio y Antonio de Herrera son sus fuentes principales), esa visión de los europeos se confunde con el relato histórico de los sucesos, dándonos una imagen impresionista de hechos, emociones y datos que permiten al lector recrear lo acontecido.

El último capítulo, que firma Gonzalo M. Borrás Gualis, “Del arte bizantino al arte otomano”, pp. 151-157, ejemplifica con claridad y concisión certera este paso arquitectónico y estético por medio los tres edificios más representativos de Constantinopla: la iglesia de Santa Sofía y las mezquitas de Suleymaniyé (1550-1557) y Shézadé (1543-1548) que suponen tres hitos correlativos en la concepción espacial de los edificios religiosos musulmanes, hasta alcanzar su ideal de espacio equilibrado, muros repletos de vanos y líneas de fuerza continuamente expansivas, a partir del esquema de espacio-tensión (entendido como camino) heredado del modelo justiniano.

En resumen, este volumen constituye una obra divulgativa destinada tanto al gran público, no necesariamente especializado, como al entendido, rica en detalles curiosos y anécdotas entretenidas, fácil de leer y jalonada con nada menos que 46 ilustraciones (entre grabados, fotografías, planos y alzados) que contribuyen a hacer más amena la lectura.

ÓSCAR PRIETO DOMÍNGUEZ

M. BETTINI-E. PELLIZER, *Il mito di Narciso. Immagini e racconti dalla Grecia a oggi*, Torino, Giulio Einaudi editore, 2003.

“Tutti conoscono il mito di Narciso che si riflette nella fonte. O almeno pensano di conoscerlo. Eppure con il mito vale sempre la pena di ricominciare”. Con estas sugerentes palabras se cierra la presentación de la contraportada del nuevo libro de la serie “Mythologica”. Dentro de dicha serie de monografías dedicadas a los más célebres mitos griegos, le ha tocado el turno a Narciso y a las numerosas versiones, lecturas e imágenes de su trágica historia de amor que han ido surgiendo a lo largo de los siglos.

Tal como sucede en las monografías anteriores, el estudio del mito propiamente dicho, esta vez a cargo del profesor E. Pellizer, está precedido por una recreación literaria libre con Narciso como protagonista. M. Bettini, su autor, presenta a un Narciso anciano y paralítico, que reside en la actual Berkeley. Sentado en un café, escribe una carta a Eco en la que resume los avatares de su vida. Entre continuos saltos del presente al pasado, Narciso, en primera persona, cuenta cómo la caída en la fuente dejó sus piernas inmóviles y un sacerdote lo recogió y curó. Cuando se recuperó del accidente, encontró junto a él un oráculo en una extraña lengua en el que estaba escrito su destino. Desde entonces, todos sus esfuerzos se han centrado en descifrar su contenido, mientras desempeñaba los más diversos oficios: “Sono stato mendicante, cantore di corte, filosofo da strada, ho amministrato i conti di una compagnia di gladiatori. Mi sono esibito nelle piazze con i miei cani ammaestrati [...]. Sono stato governatore di due città, e perfino despota di Negroponte [...]. Gli anni continuavano a passare, sono diventato prete cristiano, scrivano di un vescovo, buffone, segretario galante di una dama” (pp. 25-26). Esta cita es un ejemplo de la originalidad del relato, que está cargado además de un fuerte lirismo y un tono intimista. La historia tiene amargo desenlace: Narciso logra entender el oráculo, escrito en inglés, y descubre que sus años de vida, tantos como los de las ninfas de los árboles, están a punto de acabar. Así sucede ese mismo día, no